

## INICIOS CULTURALES

**Título: La lectura como placer**

**Autora: María Carolina Mora Herryman**

**Centro de trabajo: ISP "Rafael María de Mendive"**

El acto totalmente volitivo de leer o de escuchar a quien lo hace, constituye uno de los mayores placeres que podemos concedernos. Para demostrar lo que ello ha significado incluso en otras épocas, y por elemental sentido de justicia literaria, concedámosle la palabra al viejo soldado de vida azarosa y difícil, inválido de una mano por acción de guerra, cuya genialidad nos dejara un monumento literario imperecedero en nuestra lengua. Nos narra Cervantes que en su diálogo con Don Quijote, el ventero le cuenta que "cuando es tiempo de la siega, se reúnen aquí durante la fiesta muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno de estos libros en la mano, y rodeámonos de él más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas".

En pocas ocasiones se ha expresado de forma más bella y sencilla ese placer inefable que produce la lectura. Lectura en este caso colectiva, ya que no son tantos los que saben hacerlo por esos tiempos no ya en España si no en cualquier otro lugar de Europa. Pero siempre aparece alguno, como felizmente aclara el dueño de la venta, capaz de leer y entonces a su alrededor se agrupan los demás, para disfrutar la experiencia inigualable de vivir vidas ajenas, bien sean las aventuras delirantes de un audaz caballero, la descripción bucólica de lugares remotos o una angustiosa historia de amor de feliz culminación.

Por supuesto, siempre que estén "cubiertas o veladas con muy hermosa cobertura", como lo demandaba en su famoso Prohemio Don Iñigo López de Mendoza, conde Real de Manzanares y marqués de Santillana, al hablar de la gaya ciencia o fingimiento de cosas útiles. Porque este placer, como nos dicen, "quita mil canas" a la vez que fortalece y eleva el espíritu de los oyentes. Amén de ser fuente de noticias inapreciables, sobre todo cuando lo que se escucha es un romance; los cuales, bien entendida su función, como ya señalara el gran ensayista mexicano don Alfonso Reyes, representan el periodismo de su época.

Se apoderó así paulatinamente del pueblo llano una especie de fiebre incurable, cual la temida peste bubónica, pero que a diferencia de esta no se puede detener ni neutralizar siquiera con cañonazos al aire, fórmula muy seriamente empleada para combatirla por esos tiempos. Ya que no en otra cosa se fue convirtiendo esta pasión de escuchar a quien posee el don divino del buen decir, en prosa o en verso, lo mismo si se trata de un aedo de la antigua Grecia de memoria colosal o de un humilde juglar trotamundo, que se expresa en roman paladino o sermo vulgaris, para que lo entienda bien el auditorio embelesado, sin excluir al erudito que lo hace a viva voz en lengua de cultos ante sus pares. Acto, en fin, prodigioso, cuyos efectos han llegado hasta nuestros días no ya como plaga, si no como pandemia incontrolable; apoyada ahora por recursos ni siquiera soñados en los tiempos en que los tipos de imprenta, gracias a la genialidad de Wutemberg, eran de madera.

Hay, sin embargo, un placer que muchos consideran mayor aún, la lectura individual. La historia de la literatura ha podido recoger ese instante de fervorosa

concentración en las palabras de Agustín, obispo de Hipona, quien cuenta en sus Confesiones la forma en que leía Ambrosio, obispo de Milán. Escuchémosle. "Cuando Ambrosio leía, pasaba la vista sobre las páginas penetrando su alma, en el sentido, sin proferir una palabra ni mover la lengua. Muchas veces, pues a nadie se le prohibía entrar, ni había costumbre de avisarle quién venía, le vimos leer calladamente y no de otro modo..." Jorge Luis Borges, a quien debemos el conocimiento de la cita anterior, tomada de su ensayo Del culto de los libros, añade al comentar este suceso: "Aquel hombre pasaba directamente del signo de escritura a la intuición, omitiendo el signo sonoro; el extraño arte que iniciaba, el arte de leer en voz baja, conduciría a consecuencias maravillosas". Una vez más, el poeta de Buenos Aires adjetiva con la precisión a que nos tiene acostumbrados, Efectivamente, las consecuencias fueron maravillosas.

Con igual devoción, hoy continuamos disfrutando ese placer íntimo que tanto asombró a San Agustín y se mantuvo inalterable en su memoria, puesto que escribió sus Confesiones trece años después de haber presenciado la forma en que leía San Ambrosio. Leer se ha convertido en uno de los gozos del ser humano. Si se trata de un gozo individual o colectivo, carece de importancia y es cuestión meramente coyuntural, pero siempre un gozo irrenunciable. Aunque también resulta conveniente y recomendable para el lector, cualquiera que este sea e independiente del tema que se trate, tener presente el consejo de la poetisa inglesa Elizabeth Barrett Browning: "No nos hará ningún bien, aún tratándose de un libro, que seamos prácticos y calculemos las ganancias: tanto de lectura y tanto de beneficio. Es más bien cuando gloriosamente nos olvidamos de nosotros mismos y nos lanzamos con temeridad, alma por delante, a lo profundo del libro, apasionados por su belleza y buscándole su sal de verdad; es entonces que obtendremos el verdadero bien que el libro encierra".

La profesora Beatriz Maggi, por su parte, nos ha enseñado que el libro forma parte de una serie divina: el vino, la amistad, el amor, la vida. A su vez, la escritora norteamericana Edith Newbold Wharton, autora de La edad de la inocencia, ha expresado que la verdadera lectura constituye "ese lujurioso pasar de una página a la siguiente, ese abandonarse, no mezquinamente abyecto, sino deliberado y cauteloso, abrazado a toda las potencias del propio espíritu y de la propia mente durante el tiempo que nos rendimos a la custodia que el libro hace de nosotros... a eso le llamo yo leer. ¿Qué más añadir? Tan sólo la forma ferviente y exagerada con que Mallarmé entendió la grandeza de la literatura, cuando dijo: el mundo existe para llegar a un libro.